El soldado de Rimbaud

Luis Pérez de Castro

El soldado de Rimbaud

Luis Pérez de Castro

Avant
editorial

Primera edición, marzo de 2023
© Luis Pérez de Castro, 2023

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 978-84-19584-88-5
IBIC:DCF
DEPÓSITO LEGAL: M-9295-2023

A mis hijos Saily, Han y Luisito,
porque nunca será suficiente.
También a Yade, Melissa y Maykol,
que cada amanecer respiran el espíritu de Rimbaud.

Sin casco y con la boca abierta
he visto a los niños ahogados del Mediterráneo.
Como el soldado de Rimbaud.

Reinaldo García Blanco

I

Acudo al recuerdo mientras viajo por el largo vacío de la noche. Un manojo de imágenes se transforma en un sombrero de palabras con las que puedo jugar, recordar que un día fui velero listo para partir a orillas de un río, luz intensa acorralada entre dos líneas nocturnas. Sigilosamente traspaso el umbral de mí yo interior, dibujo paisajes de los caminos donde comencé a crecer. Y me doy cuenta que soy un hombre que acaba de crecer, que mira el horizonte como si buscara el infinito. Un hombre que explora los confines de su alma desde un cuarto oscuro, sitio donde pernoctaron las maldades de su niñez, los pliegues de un recuerdo perdido en el vacío de la noche. Me doy cuenta de que soy el hombre que sufre por las cosas más breves, por esas que se detuvieron ante el retorno de las palabras y desmantelaron el tedio de un mundo que se asfixia. Me doy cuenta de que, frente a lo sagrado de mis ojos, existe esta confesión.

POEMAS QUE TRASPASAN EL VACÍO DE LA NOCHE

De lo que me abrevia

Prisionero entre espejos me reconozco mortal,
adoctrinado, perseguido por fantasmas,
por moscas con frases predilectas
y otros insectos moribundos,
con gestos grises y un reloj de arena
inútilmente entre sus piernas.

Nadie paga por la ausencia del tranvía,
por el suicida declarado inocente bajo vítores enardecidos,
bajo el indispensable deshonor del reverso de su moneda.
Nadie dice existo, bebe del último trago de su existencia,
se reconoce a pesar de que venimos del polvo.

Detrás de las paredes cualquier cosa puede suceder.
El escozor de un sexo,
la masturbación de un ídolo de la ciudad,
de un político abreviado por la muchedumbre,
también el ascenso de Mark Twain a la fama

después de declarar culpable a Tom Sawyer
por un delito de lesa humanidad.
Detrás de las paredes una oración entre candilejas,
un mes estrellado al borde de un país inexistente,
un rey sin trono, dueño de una espada
y del amor tardío de una prostituta,
la duda, las arenas de un desierto
y la clarividencia de un pozo sin fondo.
Detrás de las paredes todo…
y nada.

En las calles los borrachos danzan en puntilla de pie,
el rumor se oculta de la soledad,
la lluvia se abraza al esmoquin de la noche,
Adán llora la ausencia del velocípedo de su niñez,
Carlos Marx abandona a los pelícanos que alimentaron
[su sombra,
Federico Engel y Lorca
se disputan la trascendencia de un himno inalterable,
las gentes, bajo un mismo paraguas,
lloran la esperanza torcida de un abrazo por descubrir.
En las calles los fornidos suspiros se entrecruzan
y la carrasposa lengua del discurso,
aparentemente, intenta sobrevivir.